

De cuando el Logos fue realmente luminoso

El 20 de marzo de 1939, *Études* publicaba una pequeña obra maestra de Pierre Teilhard de Chardin, el gran poeta¹ del siglo XX. Pequeña en cuanto al tamaño, está claro, pero grande en muchos otros aspectos. En veinte páginas escasas, el autor de *El fenómeno humano* sintetizaba la historia del pensamiento occidental no a través de nombres ni de doctrinas, sino de sus imágenes, de las proyecciones que las mentes de cada época recibían en su camino de conocimiento del Hombre y, desde el Hombre, del Mundo y de Dios. El mérito era doble, porque junto a la gran capacidad de síntesis de qué hacía gala el autor, cabía sumar su ignorancia en cuanto al tema: el padre Teilhard era un gran paleontólogo, es uno de los grandes maestros del pensamiento, pero su formación en lo que él mismo calificó como “ciencia del hombre” no llega muy lejos, y no obstante, sabe sintetizar los pasos de la Historia como nadie.

El texto al cual hacemos referencia fue titulado en su día como “La Mística de la Ciencia” y cierra una pequeña recopilación, *L'Energie Humaine*, publicada como tal por Éditions du Seuil en 1962, conformando el sexto volumen de las obras completas. Son un total de seis artículos no demasiado extensos, pero que ofrecen una visión única e indispensable del opus teilhardiano, vale la pena repararlos. En el primero, *L'esperit de la Terre* (inédito, fechado el 9 de marzo de 1933), se razona sobre la primacía de la Vida frente a la Matière, se trabaja la metáfora del Cono, se reflexiona del modo más interesante sobre la posibilidad de la religión como opio del pueblo y aparece el luminoso argumento a favor del Dios-Hombre. El segundo, *La Signification et la Valeur constructrice de la Souffrance*, escrito para el “Trait d'Union de l'Union catholique des Malades” el 1 de abril de 1933, parece no guardar relación con los otros seis, pero sólo a simple vista, pues trata de un tema que, a pesar de las apariencias, es de vital importancia en el pensamiento teilhardiano: el lugar del sufrimiento y del mal en el proceso noogenético que, latente desde el primer indicio de cosmogénesis, emerge en un punto concreto de la biogénesis. Sigue *Esquisse d'un Univers Personnel* (inédito, con fecha 4 de mayo de 1936), donde se profundiza sobre la imagen del Hombre como centro de su universo (en la línea de la metáfora del cono, que se contrapone a la antigua esfera, en el plano universal y en el plano individual) y en la realidad de Dios como Centro de Centros, Centro orgánico de la Evolución; nuevamente aparece el argumento a favor del Dios-Hombre, corregido y ampliado. En *Le Phénomène Spirituel* (inédito, fechado en marzo de 1937), encontramos una de las diferencias fundamentales entre la imagen esférica y la imagen cónica del Hombre y del Cosmos: la

1. Solemos tener una enojosa tendencia a confundir al poeta y al rimero. Un poeta es un creador de imágenes, que se pueden o no expresar a través de las reglas de la métrica. De manera que poeta puede serlo cualquiera capaz de recrear un mundo a través de una obra: el arquitecto y el científico, el político y el literato, el cineasta y el músico, el pintor y el escultor, el industrial y el obrero, el artesano y el campesino... A veces resulta que quien no tiene nada de poeta es precisamente el rimero.

moral de equilibrio versus la moral de progreso. Otra de estas diferencias aparecerá en *L'Énergie Humaine* (inédito, fecha: 20 de octubre de 1937): el instinto de supervivencia versus el impulso de plusvivencia, y después de mostrar la fuerza del Amor en uno de sus bellísimos episodios sobre el tema, se esboza el esquema básico de la Ciencia del Hombre, a la cual deberíamos referirnos como **Noología**.

La traca final es *La Mystique de la Science*. Aquí se aplican al tiempo, es decir, a la Historia, los razonamientos que hasta ese momento solo habían iluminado el espacio a través de los datos materiales fornidos por la paleontología. Y aparece el anuncio de la muerte del nuevo dios: esa Ciencia que en los albores del siglo XX aparecía como base de la nueva religión, idílica imagen cruelmente destruída por la Gran Guerra 1914-1919, de la cual Teilhard de Chardin, que la vivió en las trincheras, había emergido como un hombre nuevo contemplando un mundo renovado.

*En la luz de la Razón el Mundo "se ilumina por dentro"*²

De hecho, Teilhard de Chardin es la voz que responde al angustioso interrogante del siglo precedente sobre la muerte de Dios, no negándola, sino afrontándola como el gran reto de su momento: desde el inicio de la Modernidad hasta la postrevolución, el Hombre nuevo ha seguido un proceso que lo ha llevado a ocupar el lugar del Dios antiguo³. ¿Dónde está Dios? Es el grito de las mentes poderosas del siglo XIX, un grito angustioso, un tiempo de tinieblas, una noche oscura que hace dudar si realmente acabará con la salida del sol. Pero en esas mentes realmente heroicas late la esperanza. Una esperanza que no aparece en los eruditos ensayos de los filósofos, sino en la obra viva del artista; no en el argumento del analista, sino en la imagen potente del creador. Dos actitudes son posibles: por un lado, replegarse y negar el hecho, seguir viviendo como si no hubiera ocurrido nada; por el otro, aceptar el reto y seguir adelante, con fe ciega en el Hombre-Razón-del-Universo, no como nuevo ser supremo, sino como criatura capaz de llevar el nuevo proceso a buen puerto... El siglo XX sintetiza esas dos actitudes en dos mitos de gran riqueza: la primera en Peter Pan/Hook, el niño que **no quiere** crecer, y Neverland, la tierra de Nunca Jamás (cuya traducción al italiano creo que es mucho más gráfica: *l'Isola-Che-Non-C'è*); la segunda en Charlot y el camino siempre nuevo y siempre renovado del Vagabundo...

La particular actitud de Pierre Teilhard de Chardin –científico, sacerdote católico y miembro de la Compañía de Jesús– ante el fenómeno pasa por la contemplación y la comunicación con el testimonio del hombre prehistórico. Más aún: por la contemplación de la emergencia de este Hombre (del “fenómeno humano”) sobre la capa viva nacida de la Tierra Joven (Gea), aparecida ella misma en un punto *e/t* del Cosmos, sobre esa Biosfera (Démeter, la Tierra Madre) que abrazó las Geosferas: la Atmósfera (el Aire), la Hidrosfera (el Agua), la Lithosfera (la Tierra) y la Barisfera (el Fuego). En un punto concreto del *e/t*, la criatura que se removía en el seno de la Tierra Madre resquebrajó la Biosfera y emanó el Noos incandescente que formó la Noosfera, la Capa

2. Vid: *Le coeur de la Matière* (1950). 1976. Éd. du Seuil.

3. El llamémosle fenómeno de la Muerte de Dios, no aparece ni mucho menos en la obra de Nietzsche, sino que es formulado y analizado proyectándolo hacia la esperanza en una obra publicada veinte años antes que *La gaya ciencia*, *Les misérables* (1862) de Victor Hugo, donde el autor hace mención de haberlo tratado y discutido con el poeta Gérard de Nerval, muerto hacía una década, y volverá a retomarlo, esta vez dándole un sentido colectivo, Émile Zola en su *Germinal*. En realidad, el interrogante aparece cuando se disipa la humareda de la Revolución y el Hombre debe enfrentarse al reto de construir un mundo nuevo en la nueva realidad.

4. En un doble sentido: es el Ser Racional, el Ser Pensante desde el cual el Mundo se convierte en Ser Pensado, y es la razón desde la cual, en la cual y por la cual se explica el Mundo, se hace razonable.

pensante... La Razón del Universo⁴ aparecía a la luz, y la génesis, el proceso evolutivo, daba un giro de 180°, era la primera “revolución”: el Hombre, varón y mujer, estaba ahí. Este proceso se contempla básicamente en cuatro pasos: la **previda**, la situación en los momentos previos a la aparición del fenómeno⁵, cuando éste es engendrado y gestado; la **vida**, el nacimiento, la aparición del fenómeno a la luz; el **pensamiento**, el fenómeno se explica a través de múltiples lenguajes, y la **supervida**, el fenómeno, desde sí mismo, en sí mismo y por sí mismo, va mucho más allá de sus limitaciones en el espacio y el tiempo. Y estos cuatro pasos temporales deben ser vistos e integrados desde tres (en realidad cuatro, puesto que el segundo es doble) aspectos espaciales: la nueva imagen del cosmos, **evolutiva**, no estática, sino dinámica: ya no podemos hablar propiamente de “cosmos”, sino de “cosmogénesis”; la nueva imagen del Hombre, **convergente**, porque en él, en su mirada de Ser Pensante, converge todo el Ser Pensado, y de la Mujer, **unitiva**, en su feminidad; y la nueva imagen de Dios, Hombre entre los Hombres, amante apasionado de su querida Humanidad, **céntrica**, porque en ella no sólo convergen, sino que llegan a su plenitud todos los impulsos cósmicos y aparece como Centro Absoluto de todos los centros relativos, pasados, presentes y futuros...

Así pues, desde esta nueva perspectiva, contemplamos el Mundo (*aspecto cósmico o evolutivo*) desde la imagen que iguala y supera las barreras del lenguaje especializado rompiendo las paredes de las esferas limitadoras, permitiendo abrir los ojos, ver, una realidad común; contemplamos al Hombre –y a la Mujer– (*aspecto humano/femenino o convergente/unitivo*) como amante de la Humanidad (*aspecto sacerdotal*), como creador del un nuevo orden (*aspecto profético*) y “princeps” de una nueva condición (*aspecto sacerdotal*), y contemplamos a Dios-Hombre (a Cristo, *aspecto crístico o céntrico*) desde nuestra Tierra, centro vital del cosmos (*perspectiva geocéntrica*), desde nuestro lugar de centro racional del cosmos (*perspectiva antropocéntrica*) y desde nuestra proyección hacia Cristo resucitado, Punto Omega (*perspectiva cristocéntrica*), de manera que el Mundo se nos ilumina gradualmente desde dentro, revelando su cosmogénesis (evolución cosmológica) a través de la imagen que proyectamos (creamos) desde fuera mediante los discursos (no exclusivamente orales ni escritos) dados y recibidos en el e/t, dependiendo de las diversas circunstancias históricas y del ángulo y la amplitud de visión propio de cada estadio (individual y colectivo) de la evolución humana, discursos que nos permiten darnos cuenta del grado y de la capacidad de detectar la evolución crística como polo de atracción (el Punto Omega) hacia la madurez y la plenitud del Hombre y del Universo que culmina en Él.

Por fin, desde los grandes cataclismos noológicos que abrieron las puertas de la Modernidad, la nueva imagen del nuevo Hombre y del nuevo Mundo es sintetizada y coherentemente sistematizada en su proyección hacia la espléndida realidad del Dios-Hombre... Por fin es posible un método que permite contemplar conscientemente, apasionadamente, desde fuera el mundo que vivimos desde dentro; que permite la máxima concreción en la máxima amplitud contactando el espacio y el tiempo para poder describir la línea de la velocidad/evolución... ¿Nueva?

Los albores de la luz

5. **Fenómeno** es simplemente lo que tenemos delante, nuestro objeto de estudio aquí y ahora, en este caso el fenómeno humano. En Pierre Teilhard de Chardin los conceptos que parecen remitirnos a múltiples escuelas, ideologías o doctrinas, son simplemente usados y deben ser entendidos en el contexto y la coherencia del corpus teilhardiano, no debemos buscar influencias que no existen, porque nunca vende el alma al diablo de ningún -ismo, ni permite que lo hagamos nosotros si queremos compartir, comprender y ampliar su visión.

Ese Hombre que contempla y abraza un Mundo iluminado por dentro no tiene nada de nuevo, aunque lo veamos renovado... Debemos ir un poco hacia atrás, detenernos, volver la vista y revisar el camino hecho. Podemos hacerlo usando el método de Teilhard de Chardin, el “método noológico”, quizás nos permita contemplar la Europa luminosa que sigue viva y activa en cada ciudad...

Cuando la Revolución destruyó los últimos baluartes del Mundo esférico que había presidido la antigüedad y la medievalidad, lo arrasó todo. En el punto de donde partió la gran erupción, París, las ideas se revolviéron en un amasijo donde parece que todo emergiera y se sepultara sin orden ni concierto, de manera que cuando Fabre d'Eglantine, François Chabot y compañía emprendieron la “descristianización” de la Francia revolucionaria, empezaron por convertir el centro espiritual de París en “Templo de la Razón”, y la catedral de Notre-Dame vio impasible como en su interior se libraban los peores excesos en nombre del un nuevo culto que se quería emparentado con antiguas usanzas druidicas de los viejos galos... Una década después, los nubarrones se disipaban y volvía a lucir el sol. Las campanas sonaron de nuevo y Notre-Dame despertó la mañana de Pasqua (el 18 de abril) de 1802 herida y lastimada, pero de nuevo luminosa en un verdadero día de Gloria. Oficialmente, el Primer Cónsul había deseado ensalzar esa primera misa de Pasqua en diez años para celebrar la firma de su Concordato con la Santa Sede... nueve meses antes. No engañó a nadie, y mucho menos a sus generales anticlericales y ateos, que veían en la fe reencontrada un paso atrás y el renacer de los privilegios que se habían querido destruir; podían ser hombres de origen humilde, rudos, algunos mal instruidos, pero no eran estúpidos: en la grandeza de ese Domingo de Resurrección se escondía un mal disimulado acto penitencial, un deseo de desagravio por todo lo ocurrido en este lugar sagrado durante el terror revolucionario⁶. De hecho, Notre-Dame, la catedral de catedrales, no perdió nunca su significado: incluso en el peor de los desórdenes, había seguido siendo el punto de referencia, un centro radiante de espiritualidad... Poco tiempo después, se convertiría en el punto cero del nuevo orden, del nuevo Hombre que aceptaba y lanzaba a la vez el reto de construir el nuevo Mundo, con las heridas aún cubiertas por decorados de cartón piedra, pero con toda la luz en la cual fue concebida... La nueva mirada del Hombre hacia su mundo estaba a punto de redescubrir esa luz y recuperarla en todo su esplendor. La Historia se consolidaba como ciencia, más allá de toda apología nacional, y las mentes que maduraron durante el Imperio empezaron a remontar el camino de las catedrales para descubrir la Razón luminosa en lo que los renacentista habían despreciado como “arte bárbaro” llamándolo despectivamente “gótico”...⁷

Gracias al genio de Eugène Viollet-le-Duc, el Segundo Imperio hará realidad el sueño del primer emperador, y retornará a su esplendor originario en el espacio los gran-

6. Ese día pudo haber cambiado el curso de la Historia. Se había desarticulado un complot para asesinar al Primer Cónsul dentro de la catedral, durante la misa, y se había apresado al oficial de artillería que debía disparar el tiro, el general Fournier-Sarlovèze, excelente tirador, pero no era posible arrestar a parte del estado mayor y nadie podía jurar que el sicario no había sido reemplazado. Cuando el Primer Cónsul y su esposa entraron en Notre-Dame, el riesgo era tan grande que el inefable Giuseppe Bonaparte, que debía acompañar a su hermano, se había negado a hacerlo, prefiriendo unirse a la representación del Colegio de Abogados, situada en un lugar seguro, al abrigo de hondas expansivas y de balas perdidas. La misa, seguida de un *Te Deum*, fue presidida por el cardenal-arzobispo de París, M. de Boisgelin, el mismo que un cuarto de siglo antes pronunciara la homilía de la consagración de Luis XVI.

7. Este renacer de las catedrales empieza con las hermosas páginas del capítulo 2, libro V de *Notre-Dame de Paris*, una de las obras maestras de Victor Hugo, la historia del pensamiento europeo desde “el poema de piedra”: del menhir a la catedral, la visión del Mundo, del Hombre y de Dios, se escribe en los monumentos, más sólidos, más duraderos, más expresivos, más impactantes, más inteligibles y más asequibles para todo el mundo que el libro manuscrito.

des monumentos de la Francia gótica. Gracias a la labor paciente y constante de toda una generación de intelectuales, se empezará el camino de reconstrucción en el tiempo hasta reencontrar los hombres y mujeres que los hicieron posibles, hasta poder comprender el mundo donde emergieron e iluminar al Dios en quien se inspiraron y hacia quien se proyectaron.

Porque el edificio gótico es mucho más que un continente sagrado apto para la oración y el ritual, mucho más que un contenido más o menos interesante de vidrieras, rosetones, tallas, retablos, esculturas, relieves, capiteles... Va más allá de la ojiva, la bóveda de crucería, los arbotantes, los grandes ventanales y los portales suntuosos. Fue la concreción en piedra de una visión cosmológica que a la vez se concretó en una nueva organización social, en un ideal político destinado a vencer la cerrazón con que amenazaba el feudalismo, a ampliar los espacios, y no sólo los físicos, y a liberar los espíritus creadores de la estrechez de miras de un mundo estático, estancado en un programa de pura supervivencia, abriendo la posibilidad de un mundo dinámico, proyectado hacia inmensos horizontes de plusvivencia, a pesar de los límites aparentes de la esfera cósmica, unos límites que desde la Razón, y solamente desde la Razón, era posible romper.

El gótico fue una verdadera revolución a escala europea, y lo más importante: nos deja el ejemplo que es posible una revolución sin sangre. De la península escandinava al Estrecho de Gibraltar, de la isla de Irlanda al golfo de Nápoles, la vieja Europa cuenta con un nexo de unión que la hace única: la catedral gótica, exportada hacia el Oriente por los cruzados y hacia el occidente por los aventureros románticos. Es una oleada de luz que se condensó hasta convertirse en piedra, hasta concretarse en un modelo social y político, y emergió de la mente de un solo hombre. En nuestros manuales su origen se desdibuja, probablemente a causa de la más pura ignorancia unas veces, de la irritante corrección política otras: es el arte "venido de la Isla de Francia" que sustituye gradualmente al románico. Puede ser visto de esta suerte: a través del Císter y de las nuevas órdenes mendicantes, a partir del siglo XIII, constructores venidos de allende los Pirineos o que habían aprendido el oficio de maestros del reino vecino comenzaron a trabajar con unas técnicas nuevas que permitían elevar techos y ampliar bases, cosa muy importante para las grandes ciudades, donde el crecimiento demográfico volvía pequeñas las viejas iglesias románicas... Claro que eso es ignorar el significado de personajes como la reina de Castilla Leonor de Inglaterra, como doña Berenguela la Grande y el rey santo Fernando III⁸... No importa, son "políticamente incorrectos", dejemos que la niebla del no saber difumine uno de los episodios más decisivos de esa Europa que queremos unida... Y es que a veces, saber perturba la comodidad de las ideas prefijadas. Porque el nuevo arte, que vino realmente de la Isla de Francia, no fue una evolución del románico hacia formas más perfectas⁹, sino la rebelión de un hombre nuevo que se encuentra estrecho en el viejo mundo y rompe sus límites. En el ya citado texto de Victor Hugo, aparece como lenguaje de pen-

8. Un personaje que sería interesante retomar y analizar desde las nuevas perspectivas de nuestra historia como Historia de Europa y de la Noogenética. Régine Pernoud, la gran dama de los estudios medievales, contempla admirada ese rey santo, biznieto de su querida Leonor de Aquitania y primo hermano del rey santo francés Luis IX, que se negó a aceptar a la Inquisición en sus estados y se definió a sí mismo como "rey de las tres religiones" (vid. *Pour en finir avec le Moyen Âge* y *Les femmes aux temps des cathédrales*).

9. Esa definición vale por los nuevos elementos del edificio: ojiva, bóveda de crucería, arbotante, ventanales, vidrieras... La evolución del románico en el mundo anglonormando, la nueva austeridad cisterciense y la industria del vidrio en la rica Borgoña habían propiciado su aparición, pero en la catedral gótica se usan para construir un conjunto nuevo que expresa un mundo nuevo, no fruto de necesidades espaciales, sino nacido de una mente inquieta que lo proyectó hacia las otras mentes...

samiento luminoso que se rebela contra la oscuridad románica, como una exaltación de la razón humana ante las inmutables expresiones teocráticas; una erupción que, desde el núcleo originario, lanza ríos de lava y bombas ígneas formados por miríadas de chispas de subtilidad, plasticidad e incluso ironía, donde el genio encontró espacios inmensos para dar rienda suelta a su creatividad. “*Quien nacía poeta se hacía arquitecto*” nos dice Hugo. Un grito liberador que parece atenuarse a medida que, alejándose del foco inicial, se convierte en “moda”, pero en realidad queda latente, presto a emanciparse por poco que las circunstancias sean propicias.

Pero, ¿qué propició tal erupción? Para poder recrear convenientemente el espacio y el tiempo que la vieron emerger, tendríamos que remontarnos hasta las últimas décadas del siglo IX, cuando se engendró y empezó a gestarse la Francia capeta en la decadencia de los últimos carolingios. Sería un relato demasiado largo, pero daremos alguna pincelada: este proceso de **previda** llega a su punto decisivo cuando Hugo el Grande lo racionaliza aprendiendo del pasado y prepara el camino a su hijo Hugo Capeto¹⁰, en quien el País de los Francos se convierte en el reino de Francia y una nueva realidad emerge a la **vida**. Faltaba que emergiera a la conciencia consciente de sí misma, que se articulara como **pensamiento**.

Hugo Capeto se convirtió en rey de Francia en el año 987. Los primeros pasos de la nueva dinastía no fueron fáciles: el rey debía ser elegido por una asamblea de notables –“los grandes” o los pares de Francia– que no veía en él más que un “primus inter pares”, y Hugo sabía muy bien que debía imponer su autoridad para superar los innumerales conflictos que generaba el ya saturado sistema feudal, pero su radio de acción era mínimo, limitado a la Isla de Francia, y un siglo después la frágil realeza capetiana aún no había logrado sus objetivos. Cuando murió el cuarto rey de la dinastía, Felipe I, en el año 1108, y aunque la elección de “los grandes” lo hubiera confirmado como nuevo rey aún en vida del padre, su heredero Luis de Francia se veía obligado a consagrarse con prisas en Orleans, donde se encontraba al saber la noticia, sin perder tiempo trasladándose a Reims, para escapar de las intrigas de su madrastra Bertrada de Montfort. Y es que Luis no podía permitirse ningún error: el territorio patrimonial era muy pequeño, la gloria del pasado carolingio aún encendía pasiones¹¹ y cualquiera de “los grandes” tenía bastante poder como para provocar una catástrofe. Además, el Papa y el Emperador¹², cada uno por su lado, creían poder intervenir legítimamente en el antiguo reino de Carlomagno; el rey de Inglaterra era duque de Normandía y, en consecuencia, uno de los feudales más poderosos de Francia. Y menos mal que los reinos de la Península Ibérica ya tenían bastante con sus problemas con el Islam y organizándose

10. Hugo el Grande, hijo de Roberto I y sobrino del rey Eudes o Odón, el primer monarca de la dinastía, renunció a conseguir la corona para crear una situación que permitiera a la familia consolidarse como dinastía real, para hacerlo, analizó profundamente el camino seguido por los Herstal (los futuros carolingios) para convertirse en reyes de los francos destronando a los viejos merovingios, esto demuestra que tenía un profundo sentido de la Historia, algo no muy común en la época. Empezó a situar a su hijo Hugo en el centro del poder cediéndole poco a poco los dominios familiares, el primero fue el título de Abad laico de la Abadía de Marmoutier, donde se guardaban las preciadas reliquias de Sant Martín de Tours, entre las cuales el fragmento de capa que compartió con un pobre, imagen de Cristo, de aquí que el joven Hugo, convertido en “guardián de la capeta”, empezara a ser conocido con el nombre de Hugo Capeto.

11. La historia de los amores de Felipe I y Bertrada de Montfort (a causa de la cual el rey había repudiado a su esposa legítima y madre de sus hijos Luis y Constanza, Berta de Holanda, enemistándose con su clan familiar) es de las que han hecho correr ríos de tinta. Bertrada era mujer de muchos recursos, que no dejó de poner en práctica para poner la corona en la cabeza de su propio hijo Felipe de Mantes.

La pasión carolingia quedó latente, pero el fuego no se apagó, sino que rebrotó en el siglo XVI, en pleno conflicto de las guerra de religión: es desde esta perspectiva que debe comprenderse la actitud de los Guisa, miembros de la familia de Lorena, que se presentaban como descendientes directos del último carolingio.

12. El cabeza del Sacro Imperio Romano-Germánico, se entiende.

como podían...

Así y todo, Luis de Francia empieza tomando decisiones acertadas: reinará como Luis VI y de esta manera se legitima heredero de los carolingios, y rompiendo su compromiso con la adolescente Luciana de Rochefort, se casará en 1115 con Álix de Maurienne, sobrina de Guy de Borgoña, quien en 1119 se convertirá en el papa Calixto II... Pero Luis no es precisamente hombre de subtilidad política ni de habilidad diplomática, más bien al contrario, es hombre de temperamento fogoso y decisiones impulsivas, ¿cómo explicar tal actitud? Porque, del mismo modo que harán sus descendientes, conoce sus defectos y busca el consejo de quien es capaz de guiarlo; en su caso, del amigo íntimo a quien en los lejanos días de infancia se confió en un rincón del patio escolar...

Es una de las historias más hermosas de la Historia de Europa, y de las más desconocidas por unos y olvidadas por otros. Casi dos décadas antes de convertirse en rey, Luis VI había ingresado en la escuela monástica de Saint-Denis, no era habitual para el heredero de Francia, pero el abad había insistido ante Felipe I por una razón de peso: en medio del conflicto originado por la relación entre el rey y Bertrada de Montfort, las mentes preclaras sólo veían esperanza en el futuro monarca y se temía que la nueva reina atentara contra la vida de un hijastro que era un obstáculo para sus planes, de modo que se apeló a una antigua tradición merovingia totalmente apócrifa para refugiar al pequeño Luis entre los muros protectores de la Abadía. Dos años antes, otro niño había ingresado en la misma escuela¹³, pero por motivos totalmente distintos: en tiempos de conflictos entre señores, la tierra se empobrece y los campesinos ven aparecer el temido fantasma de la miseria, de modo que en las casas más humildes cada cual debe ser capaz de ganarse su sustento o está de más. Algún día del año de gracia de 1090, uno de estos campesinos, un hombre llamado Heliand, llamó a la puerta de Saint-Denis en busca de ayuda; no quería limosna, llevaba de la mano a uno de sus hijos, un niño de unos diez años llamado Suger, de constitución débil y salud delicada, nada propicio para las duras condiciones que exigía el trabajo de la tierra, pero era un niño alegre y de mente despierta y Heliand pensaba que quizá sería útil en la Abadía... El abad Ivo lo acogió sin más, aún en tiempos difíciles la caridad no se niega a nadie en Saint-Denis, y lo puso bajo la tutela de su escuela. Suger confirmó pronto sus buenas disposiciones, aprendió rápido a leer y escribir, y se ganó el afecto de sus maestros, que lo acogían con gusto en sus tertulias, donde pronto destacó su afición a todo lo que tuviera algo que ver con la historia de la Abadía y del reino, afición que agudizó con la lectura de todas las viejas crónicas del archivo a las que pudo echar mano bajo la mirada benévola de los monjes, a los cuales hacía gracia el afán de su discípulo; sin embargo, uno de ellos, llamado Adam, vio en el pequeño Suger algo más que un niño despierto y original, vio el futuro de la Abadía, y decidió vigilarlo de cerca... Un año después, el abad Ivo murió y Adam fue elegido sucesor, llegando pronto a ser muy respetado, y fue él quien conveció a Felipe I que dejase en sus manos la educación del heredero. Cuando Luis llegó a la escuela, Suger anheló conocerlo, ¡era historia viva de Francia! Los dos niños se cayeron bien y se convirtieron pronto en amigos íntimos e inseparables, comunicándose todos sus planes y deseos, una amistad hermosa y profunda que el abad no sólo consintió de buen grado, sino que alentó de

13. La escuela de Saint-Denis no estaba situada en la Abadía propiamente dicha, sino en un pequeño priorato llamado Saint-Martin l'Estrées, en la ruta de París, y la dirigían monjes que por razones de edad o de salud no podían seguir con el ritmo frenético que marcaba la casa madre, centro espiritual del reino de Francia desde hacía siglos. En un ambiente más tranquilo y sosegado, se educaban niños de diversas condiciones, desde el hijo de un humilde campesino hasta el hijo del rey.

cara a trasladar al futuro del reino los frutos de algo tan puro y tan espontáneo, de algo que nos demuestra como en las escuelas monásticas de los albores del segundo milenio el nivel de igualdad entre alumnos era cuanto menos remarcable. Luis y Suger mantuvieron y acrecentaron su amistad durante toda su vida y aún más allá, pues el pequeño campesino, que sobreviviría catorce años a su rey, continuaría su obra y sería su primer biógrafo...

Bajo la tutela de Adam, Suger, que tenía muy clara su vocación monástica, profesó como monje mientras Luis de convertía en rey¹⁴, el abad guió su formación sin prisas pero sin pausa, situándolo en los lugares adecuados desde donde le fuera posible educar y poner a prueba sus dotes de administrador y diplomático¹⁵; el rey muy pronto empezó a buscar su consejo de amigo, poniéndose en evidencia sus dotes políticos e incluso militares, de modo que en pocos años, aquel monje de origen humilde, físicamente poquita cosa y de salud frágil, se convertiría en una figura insustituible para el joven reino capeto, y de rebote, en un punto de referencia obligado para la Europa del siglo XII. La rebelión latente en los inicios de lo que aparecería a la luz como Francia estaba a punto de encontrar su voz. La **vida** nueva estaba a punto de expresar su capacidad de **pensamiento**. El pequeño **cosmos** capetiano evolucionaría pronto hacia una **convergencia** alrededor de un hombre, uno de los grandes **crísticos**¹⁶ de nuestra historia, de la Historia de Europa.

La influencia de Suger, seguro, tuvo una fuerte presencia en la intensa "campaña publicitaria" de exaltación del pasado carolingio que empezó por aquellos años: poemas, canciones, romances y leyendas (la mayoría salidas del *scriptorium* de Saint-Denis) convirtieron al viejo Carlomagno en el héroe mítico que cruzará toda la medievalidad y el renacimiento, sobreviviendo a las revoluciones y llenando el romántico siglo XIX; relatos de origen incierto hacían llegar al emperador hasta la Jerusalén recientemente reconquistada por los componentes de la Primera Cruzada... El pasado y el presente, la crónica y la leyenda, se mezclaron para envolver con aura mítica al rey de Francia y asentar un poco más firmemente su autoridad, mientras el movimiento cruzado volvía, no con toda la gloria soñada, pero sí con los ojos llenos de novedades y reviviendo de una vez para siempre el recuerdo del paso de Dios hecho hombre por un rincón de la Tierra.

En 1122 pasó algo inevitable: Adam murió y Suger, el pequeño campesino amigo del rey, fue elegido abad de Saint-Denis, la principal iglesia de Francia, panteón real y centro espiritual del dominio capeto. Es un momento especial en la Historia: con su principal colaborador¹⁷ dirigiendo la Abadía y un papa francés en Roma, Luis VI no

14. Poco después que dejara la escuela, en la vida de Luis sucedió lo que todos temían: Betrada intentó envenenarlo. Su constitución poderosa le salvó la vida, pero su salud quedó menguada para siempre; se cree que el motivo "el Gordo" con el que pasó a la historia se debe a crecientes problemas de obesidad provocados probablemente por una disfunción del páncreas a causa del veneno.

15. Adam educó a Suger no con largos años de inactividad en las aulas, sino todo lo contrario: para que aprendiera a dirigir una Abadía, lo nombró prior de un pequeño monasterio normando dependiente de Saint-Denis, fácil de administrar y en tierras del duque de Normandía, es decir, del rey de Inglaterra, con quien era importante que entrara en relación. Para que entrenara sus disposiciones para la diplomacia, lo envió a seguir la comisión de eclesiásticos franceses que mediaba entre el Papa y el Emperador en lo que conocemos como problema de la Investiduras.

16. En el sentido noológico que aparece en el opus teilhardiano, **crístico** lo es todo aquél que se muestra capaz de centrar y coronar conscientemente su mundo, de iluminarlo e inspirarlo en una doble dinámica radial (hacia sí mismo) y tangencial (desde sí mismo), de modo que su propio progreso personal lo arrastra hacia cotas más altas de progreso humano...

17. Hoy diríamos un verdadero "primer ministro", es decir, literalmente, principal colaborador.

tuvo ningún inconveniente en reivindicarse como “Rey Cristianísimo”, espada de la Cristiandad, mientras el papa y el emperador Enrique V se enfrentaban en el problema de “las Investiduras”. Ese mismo año, con la mediación de Suger, Calixto II se siente lo bastante seguro para plantar cara a Enrique y poner fin al conflicto con el Concordato de Worms y su ratificación en Letrán¹⁸. Naturalmente, al emperador no le hizo ninguna gracia la intervención de Francia y en 1124, aliado con su suegro Enrique I Beauclerc de Inglaterra, comenzó a preparar una invasión del territorio franco. Luis VI se vio obligado a llamar a sus feudales, no siempre bien avenidos ni siempre dispuestos a acatar las órdenes de un rey que se empeñan en ver como uno más entre ellos, una suerte de presidente de la asamblea de notables.

Pero Suger prepara una puesta en escena de esta llamada que será una verdadera recreación del concepto de Estado como tal, rompiendo con los límites feudales y empezando el lento caminar hacia una nueva era: Luis VI peregrina a Saint-Denis y, ante el altar, recibe el estandarte que será conocido a partir de entonces como “Oriflama de Saint-Denis”¹⁹, significando que su llamada no es en nombre propio, sino como representante del obispo Dionisio, el mártir que derramó su sangre en la vieja Lutecia, santo patrón de Francia y su intercesor ante Dios, que es el verdadero rey. Una aura mística envuelve al rey terreno y empieza a tomar forma el “misterio de la sangre de Francia”... La respuesta de la nobleza supera las expectativas y el embrión de un verdadero sentimiento nacional empieza a manifestarse: la nobleza no defiende al rey, sino que, con el rey al frente y al lado de todos los otros estamentos, defiende a Francia. No al hombre concreto, sino al concepto abstracto. En vista de los hechos, Enrique V se retira sin combatir. Con la intersección de San Dionisio, el Cielo se pronuncia a favor del rey de Francia y Luis VI será muy generoso para con la Abadía: a parte de todos los donativos particulares, de la autonomía eclesiástica, del Lendit propio... Saint-Denis guardará los atributos reales, los “regalia”, ya que pertenecen al santo y el rey los tiene sólo por delegación, y será definitivamente el panteón real. A partir de ahora, el rey de Francia siempre combatirá enarbolando el oriflama y al grito de “¡Saint-Denis!”

El abad Suger sigue los hechos y toma nota de ellos, cuando tenga tiempo libre (entre 1137 y 1144) nos legará la crónica, convirtiéndose en el primer historiador sistemático desde la antigüedad y en el primer –y quizás único– autor monástico de su época que no escribirá nunca ningún tratado de teología, su pensamiento sobre el Hombre, el Mundo y Dios nos lo legará expresado de otra manera... En seguida se da cuenta de que su monasterio llamará a más peregrinos que nunca, y que su iglesia quedará pequeña y deberá ampliarse... Pero antes hay otro problema urgente por resolver. El rey empieza a domar a sus nobles y el nuevo orden vence poco a poco la anarquía del siglo precedente, de manera que las ciudades crecen y se enriquecen, la consecuencia es que se mueven inquietas en un sistema feudal que las mantiene en las manos a veces caprichosas de un señor. Acá y allá, empiezan a aparecer iniciativas para librarse del yugo señorial y conseguir cartas de franquicia de quien puede

18. Suger seguía los intentos de resolver el conflicto desde el concilio de 1116. Este año y por este motivo, había viajado por primera vez a Italia y vistado detenidamente los restos de la antigua Roma y los monumentos bizantinos, una visión que influiría poderosamente en su vertiente creativa.

19. En realidad el estandarte del Vexin, territorio perteneciente a la Abadía, la cual delegaba su gobierno a un señor, que a partir de Felipe I sería siempre el rey de Francia, reforzando así los lazos que unían el monasterio y la corona.

20. Además del precio estipulado, los burgueses agradecidos le entregaron un donativo de 200 libras (una verdadera fortuna) para las obras de reparación que entonces se llevaban a cabo en el portal de entrada del monasterio.

darlas, es decir, del rey. Los primeros intentos no es que funcionen muy bien, la pugna entre el poder real y el poder feudal encuentra en ellos motivos para provocar serios conflictos que a veces acaban en crueles situaciones de revuelta y represión. Así sucedió en Laón entre 1112 y 1115. Suger medita seriamente el problema y ensaya sus posibles soluciones. En 1125 aprovecha una buena ocasión para poner a prueba sus ideas: los burgueses de Saint-Denis le pidieron les librara de ciertos derechos impuestos en el siglo anterior, para mantener unos ingresos que entonces bajaban peligrosamente. Suger reconoce que la demanda es justa y le da satisfacción en una carta fechada en marzo del mismo año²⁰, donde el abad se manifiesta a favor del principio de emancipación, pero cree que debe ser aplicado con medida y prudencia, aprendiendo la dura lección de los primeros intentos comunales, de modo que prohíbe expresamente que se apele a su ejemplo para acordar temerariamente inmunidades semejantes (sabe muy bien que no todo el mundo obra con sensatez); la conclusión que saca es que cada franquicia debe ser escrupulosamente calculada, de manera que alivie a los que la obtienen sin perjudicar demasiado a quien pierde los beneficios (es decir, los burgueses deberán pagar su libertad, cosa que harán con mucho gusto, ya que nada deberán a la magnanimidad del señor, el cual sólo verá el dinero contante y sonante que cae en sus cajas siempre demasiado vacías para mantener su rango). Para Suger, la franquicia debe darse por causas de humanidad y de justicia, más que por los pasajeros beneficios del precio a obtener. La misma ciudad de Laón se benefició de su experiencia: en 1128, Luis VI le concedió una “institución de paz” (de hecho, una comuna).

La primera gran revolución

Con todo, Suger está intranquilo. No deja de pensar en la realización de un sueño que empezó a tomar cuerpo durante los acontecimientos de 1124: una iglesia nueva para Saint-Denis. Estamos ya en 1137. El abad y el rey maduran un proyecto que acrecentaría enormemente el dominio capeto: casar al joven heredero Luis con la quinceañera duquesa soberana de Aquitania, Leonor²¹. Pero mientras Suger y el príncipe celebran el matrimonio en Poitiers, Luis VI moría en París. El nuevo rey Luis VII querrá gente nueva y Suger podrá dedicarse por fin a construir su nueva iglesia.²²

Por su simbolismo en el joven reino capeto, Saint-Denis deberá ser una imagen clara y distinta de la singularidad de este mismo reino, un microcosmos que permita **ver** la realidad del **macrocosmos** real, el cual, a su vez, debe ser organizado a imagen y semejanza del Cosmos, de la Creación, la Obra divina por encima de la cual Dios reina desde el trono celeste... Evidentemente, la influencia del especial platonismo que marca a las escuelas francesas del siglo XII, ya más celta que greco-romano, ha tocado a Suger, hombre no sólo ilustre, sino muy, muy ilustrado. Del viejo Platón sólo

21. El matrimonio entre el austero Luis de Francia y la exuberante Leonor de Aquitania sólo duraría quince años. De hecho no funcionó nunca y acabó en divorcio en los primeros meses de 1152, poco después de la muerte de Suger a fines del año anterior. Leonor, la gran icona política y cultural del siglo XII europeo, casó poco después con Enrique Plantagenet, duque de Anjou y sobrino del rey de Inglaterra, al que sucedió en 1154. Toda la costa atlántica de la vieja Galia quedaba en manos de la nueva pareja real (la situación conocida como “Imperio Angevino”), el enfrentamiento entre el rey de Francia y un vasallo tan poderoso era inevitable: la Primera Guerra de los Cien acababa de comenzar (acabaría en 1259 con el Tratado de París entre Luis IX de Francia y Enrique III de Inglaterra, respectivamente biznieto y nieto de Leonor).

22. No es que “caiga en desgracia” ni mucho menos. Seguirá ocupándose del Estado, pero no en primer plano. De hecho, su momento de gloria está por llegar: en 1147 Luis y Leonor marchan al frente de la Segunda Cruzada, el rey nombra a Suger regente de Francia y le da el título más que merecido de “Padre de la Patria”. El hijo del pobre campesino Heliand dirigirá el país, por algún lugar es posible romper el sistema y saltarse los esquemas pre fijados.

queda la versión latina del *Timeo* comentada por sus traductores Calcidio y Macrobio, fragmentaria y no demasiado fiel, y el lastre neoplatónico que empieza en la Roma republicana y sigue coleando aún en el Imperio Bizantino, esa imagen tan bella y luminosa del Cosmos y de la Divinidad que revela a los primeros pensadores cristianos la inmensa fuerza de la aparentemente débil razón humana, y tan bien casa con la hermosa cosmología celta.

San Agustín de Hipona ilumina para los nuevos pensadores los intrincados caminos neoplatónicos y les lega sus conclusiones, sobretodo en el campo político, pero en Francia llega otra voz, fuerte en su peso simbólico, que marcará la medievalidad hasta que el Humanismo renacentista ponga en evidencia su falsa autoría. Durante el período carolingio, las embajadas bizantinas habían traído hasta el País de los Francos los inestimables manuscritos griegos de Dionisio Areopagita. Este autor, identificado con el primer obispo de Atenas convertido por san Pablo, se fundiría también con Dionisio de Lutecia, el apóstol mártir de la Galia que reposaba en la basílica de Suger. La influencia de los textos del Areopagita ya había sido muy grande en el Bizancio de los siglos VI y VII, y desde su llegada a Francia fueron el fundamento del platonismo de las escuelas desde el siglo IX hasta el XV. Después de una primera traducción muy confusa, fue el maestro Johannes Scotus Eriugena, miembro de la escuela palatina de Carlos el Calvo, quien fijó el texto latino y quien se inspiró en ellos para legarnos su espléndida cosmovisión en el *Periphyseon*,²³ obra clave para comprender el paso del mundo antiguo al mundo medieval (y fantástico precedente –en su intuición poderosa– del mundo moderno; de hecho, sólo tenemos que abrir su círculo cósmico y convertirlo el *phylum* para llegar a la cosmovisión teilhardiana). El Areopagita, además de dibujar la jerarquía celestial que aún hoy día podemos contemplar en tantas manifestaciones del arte europeo, expone una manera de acercarse a la divinidad por “vía negativa”, es decir, destacando todo aquello que Dios no es hasta que se nos aparezca más allá de toda afirmación, de modo que uno siente haber seguido un proceso de iluminación la plenitud del cual radica en la contemplación silenciosa; un proceso que exige un gradual y completo aprendizaje del Cosmos, la obra creada, para llegar a aprehender el método y las ideas empleadas por Dios en el “diseño” del Universo, y llegar a captar, entera, la armonía de la Creación... De aquí que las ciencias del número, las Matemáticas (Geometría y Aritmética), se convirtiesen en las reinas del saber, y su concreción sensorial, la Música, empezara a presentarse como la reina de un arte capaz de elevar hasta la contemplación divina.

Suger empezó a soñar con un nuevo Saint-Denis de niño. Más de una vez, en los días de gran afluencia de peregrinos, había sido testigo de desagradables incidentes consecuencia de una iglesia demasiado pequeña y poco aireada. En sus ratos de expansión íntima con el futuro Luis VI, cuando éste le hacía partícipe de sus proyectos para cuando fuera rey de Francia, Suger le confiaba su sueño de llegar a construir una nueva iglesia, “con mucho espacio y mucha luz”. Este deseo de espacio y luz se concreta y se crece a través de diversas influencias, como la de la Escuela de Chartres, donde el intento de conciliar la visión platónica con la revelación bíblica (ven la intuición de la Trinidad en el *Timeo*) da como resultado una verdadera “teología geométrica”, que comporta especulaciones curiosas, como por ejemplo el intento de explicar el misterio trinitario a partir del triángulo equilátero, y una “filosofía de la belleza” que

23. Aquí el Eriúgena nos da la versión celta del Carro Alado platónico: el carro se convierte en una nave, el auriga es el piloto, y el monótono circuito circular se convierte en la aventura hacia lo desconocido que tanto atraía a los celtas.

contempla la armonía cósmica a la luz de la consonancia de los sonidos que permite la composición musical. Y es donde la contemplación admirada y experta del edificio cósmico lo ve por primera vez como la obra perfecta del Arquitecto divino²⁴, en quien se inspirará –y a quien se asimilará cuando haga su aparición como profesional, ya en el siglo XIII– el maestro constructor de las catedrales. A partir de Chartres, se empiezan a encontrar representaciones iconográficas de Dios Creador con el compás o la vara, los atributos del geómetra, que a partir de aquí se convertirán en atributos del arquitecto, ya que, en un principio, el creador de la obra de arte es aquél que la idea a partir del conocimiento de las leyes según las cuales Dios, Rey del Cielo, alzó su palacio real (el Cosmos), que ahora reproducimos en la Tierra (la catedral), el proyecto de la cuál debe ser matemáticamente perfecto, como es matemáticamente perfecta la obra de la Creación. Es más, la razón humana de da cuenta de que puede captar la totalidad del Cosmos, pero a condición de que sea capaz de sintetizarlo en una figura geométrica...

La nueva iglesia que Suger quiere para Saint-Denis deberá ser la verdadera Casa de Dios en la Tierra y reproducir la imagen de la Casa del Cielo; es decir, reproducir la estructura del Universo según la Cosmovisión del momento, un momento en el cual el Hombre ya ha visto la Revelación de Dios como Creador y como Salvador; un Universo que será posible contemplar desde dentro y desde fuera, y aprehenderlo en su totalidad. La iglesia debe ser la **visión luminosa** de la **Verdad inefable**, transmisora de la armonía cósmica del Reino celestial en la Tierra maculada por el pecado, pero redimida por Dios hecho Hombre, que pasa por la Historia marcándola con el signo de la Cruz; de aquí que la iglesia sea también una imagen de Cristo crucificado –el momento de unión entre el Hombre-Dios y la Humanidad– y que el edificio guarde las proporciones del cuerpo humano en forma de cruz.

La aportación de Chartres al pensamiento que se concretará con la obra de Suger es la primera evidencia que **la idea** –la **creación racional**– es el fundamento del **edificio** (del edificio gótico en el siglo XII, de la ciencia a partir del siglo XVII, y siempre del Estado), ¡es un primer canto a la Razón que hace del Hombre una imagen de Dios desde el día de la Creación, inspirado en el genio de Agustín de Hipona y tan bien modulado por el genio del Eriúgena! Un canto que, desde Chartres, hará suyo el inefable Pedro Abelardo²⁵, queriendo abarcar la totalidad del Cielo y de la Tierra con el poder de la imagen racional y concretando aún más la armonía cósmica en metáfora no musical, sino arquitectónica, como la Jerusalén celestial se concretaba en la Jerusalén terrenal –acabada de recuperar por los cruzados– mediante el Templo de Salomón; desde la visión del siglo XII, Abelardo hará una lectura platónica del texto bíblico a través de la metáfora musical que convierte en arquitectónica (aparece el mito de Hiram, el legendario constructor del Templo, ejemplo tanto para constructores como para científicos, cuyo diseño padeció de la confusión de los cruzados entre éste y la mezquita de Omar).

La idea de totalidad debe encarnarse en la iglesia de Saint-Denis, el edificio entero debe ser una imagen de la armonía cósmica, y no sólo como contenedor más o menos logrado de frescos y mosaicos que “crean ambiente”. En la Historia del pensamiento cristiano, el arte que está a punto de nacer expresará el instante en qué el acerca-

24. Arquitecto, es decir, “el primero de los constructores”. De hecho, arquitectos, sólo lo serían los constructores de las catedrales, los demás no son sino “maestros de casas”.

25. Debemos recordar que en 1119, inmediatamente después del drama coprotagonizado con Eloísa, Pedro Abelardo entró como monje en Saint-Denis, donde fue muy bien acogido por Suger y por el abad Adam, pero las paredes del claustro le quedaron estrechas y la especial situación del monasterio hizo que entrara en conflicto con su manera de ver las cosas y se alejara de él.

miento místico a la realidad evoluciona hacia el acercamiento racional. El gótico representará el camino seguro y vigoroso del Hombre hacia la “conciencia de su propia conciencia”, un camino que, de momento, parece habernos conducido a una desbandada general, si no fuera porque los signos de esperanza se detecten por todas partes, atentos a la mente que tenga el valor necesario para crear un nuevo edificio...

Pero volviendo a Abelardo, sus arriesgados tanteos hacia la racionalidad, quizás aún más impulsivos que meditados, encienden las iras del austero Bernardo de Claraval, la gran personalidad del movimiento cistercense que brotó unos años antes para oponerse con una más gran simplicidad al esplendor de Cluny. El abat de Claraval es amigo de Suger, pero se nos aparece muy distinto al abad de Saint-Denis, alejándose y aislándose del mundo que éste hace apasionadamente suyo, y es que mientras Bernardo se encierra en su desierto interior, Suger se abre irradiando su genio, iluminando el mundo que lo rodea y encendiendo la primera chispa de una fuerza y una belleza de las cuales aún hoy recibimos la influencia benéfica.

La fama de Bernardo de Claraval, hijo de noble familia borgoñona y consejero de reyes y papas, que predicó la segunda Cruzada y parece ser que inspiró la regla del orden del Temple, nació de su pluma polémica e intransigente, y fue a partir de esta misma intransigencia que influyó en el arte sacro de su época. Reflexionando desde la metáfora musical, sobretodo por lo que hace referencia a la consonancia como evidencia de la armonía cósmica del Reino celestial regido por Cristo, Bernardo llega a la conclusión de que la música debe irradiar la verdad y expresar las grandes virtudes cristianas, inclinando los corazones y la naturaleza humana hacia la belleza celestial, visión de la cual ninguna otra “filigrana” no debe apartarla, y es preciso tener mucho cuidado para evitar que se desvía –a través del Arte mismo– hacia el gozo de otros placeres. De manera que el abad de Claraval condena la “monstruosa” iconografía románica y quiere desterrarla de sus monasterios, que deben construirse en la simplicidad susceptible de alejar todo peligro de inspirar otros placeres que no sean los de la elevación del alma hacia Dios; en su casa sólo tolerará el Crucifijo, aunque cree tolerables otras manifestaciones iconográficas en templos no monásticos, donde el edificio debe instruir al pueblo que lo frecuenta. Y será desde esta tolerancia que Bernardo admirará en su día el edificio de Suger, quién pondrá al servicio de su propia idea los nuevos caminos que el Císter había comenzado a marcar para volver bella la austeridad profesada, unos caminos que hacían de la luz, penetrando por altísimos ventanales y a través de vidrieras irisadas, un elemento a tener en cuenta, tanto desde el punto de vista físico como metafísico (intrínsecamente ligados en el mundo medieval): **Luz que ilumina** a los espíritus y los orienta hacia la perfección divina, luz que hace del templo el **resplandor** de la **Verdad luminosa**.

Entre Abelardo y Bernardo, Suger aparece como aquel punto medio que no se limita a ser punto de equilibrio, sino que se convierte en vértice de superación; entre el noble de la pobre Bretaña y el noble de la rica Borgoña, el campesino de Saint-Denis se ha dado cuenta de que la energía del siglo no tiene que ser malgastada en palabras que quedan encerradas entre los muros de las escuelas, un espacio demasiado estrecho como para dar el fruto esperado. El lenguaje del siglo es la organización política y la piedra, de manera que es preciso trabajar cerca del rey y concretar en el edificio sagrado la imagen de Mundo, de Hombre y de Dios que capta la Razón adentrándose en los intrincados caminos de la ciencia. A través de la piedra, la luz penetrará en la oscuridad de pretendidos misterios que deben ser iluminados para siempre. Suger entiende que el monje debe convertirse, a través de la obra de arte, en maestro de un pueblo a la instrucción y al bienestar del cual debe contribuir compartiendo la responsabilidad del rey. He aquí el precedente del vagabundo moderno: Suger, anticipando la visión

de Enrique IV de Francia, podría convertirse en el protagonista de la versión medieval de *Luces de la ciudad*.

Así pues, una vez acabada la tarea, no podemos resistir la tentación de ver una pequeña sonrisa irónica en los labios del mundano Suger mientras recibe los elogios del místico Bernardo ante la belleza de su iglesia. La luz, penetrando a través de los ventanales envidriados de Saint-Denis (los más antiguos conservados hoy día) en un espacio de donde las nuevas técnicas han permitido omitir los rincones sombríos, traspasa el sentido místico dado por el Císter y ilumina el Universo dibujado por el celta Eriúgena desde el discurso augustiniano y el texto del Areopagita, es la "*Luz que brilla en las tinieblas*", el Logos divino del Evangelio de san Juan, a imagen y semejanza del cual es creado el logos humano, esta razón tan entusiasmadora según Abelardo, Chartres y el mismo Suger, y tan temible para Bernardo. Esta luz ordenada por el diseño humano de las vidrieras refleja la Luz del primer día de la Creación, ordenada por el Arquitecto Divino que se autorevela en la obra creadora y al cual se puede llegar ascendiendo espiritualmente a través de una iluminación continua del alma, es decir, en el fondo, de un continuo aprendizaje del Hombre y del Mundo desde el Hombre, ya emergido de las tinieblas del pecado, reorientado definitivamente por este otro proceso iluminador que es la obra redentora, que lo acara de una vez por todas hacia la aurora radiante de la unión definitiva con Dios. En Saint-Denis, Bernardo encuentra las novedades materiales que los constructores del Císter han introducido para embellecer la austeridad prescrita: la ojiva, los arbotantes, la bóveda de crucería, los capiteles con motivos vegetales... Son novedades que, de hecho, ya se apuntaban en Borgoña y en el mundo anglonormando como punto de máximo esplendor románico.

La novedad de Suger radica en el hecho de poner estas técnicas al servicio de una **idea nueva** que basa una nueva realidad, en el hecho de que hay una mente creadora, con nombre conocido, que expresa en piedra su visión del Mundo, del Hombre y de Dios. El resultado será que el edificio emanará una imagen increíblemente ligera y luminosa, donde todo se sustenta no sobre muros espesos y pesados contrafuertes, sino en el sorprendente equilibrio de un entramado pétreo a base de arcos y pilares, donde pueden abrirse tantos ventanales como se quiera (el ideal sería que la piedra se limitara precisamente a arcos y pilares, que toda la superficie intermedia fuera vidriada). La masa románica se ha convertido en un conjunto articulado, esvelto y abierto, "transparente": Saint-Denis ya es gótico. Los ojos admirados de Bernardo de Claraval no dan su aprobación a nada que tenga que ver con su ideal ascético; es la expresión de un nuevo poder que se rebela contra la expresión de los poderes viejos, una toma de partido por la verticalidad (irresistible impulso hacia el orden superior que dirige el orden interno, orden real donde, ahora podemos verlo, se encarna el impulso de plusvivencia propio del Ser Pensante), por el triunfo de la luz.²⁶ Todo con un único objetivo: aclarar los espíritus y guiarlos, una vez traspasados los admirables portales donde el nuevo orden es más que visible, a través de las **verdaderas luces**, a la **luz verdadera** de la cual **Cristo** es la **verdadera puerta**. Y es que una nueva visión acaba de ser confiada al genio creador del artista: instruir. Mediante el edificio, la construcción del cual es ya un verdadero "proceso de edificación", material y espiritual a la vez; pe-

26. La iglesia gótica, la catedral, concentra "hacia arriba" toda la ciudad que irradia desde ella, su aguja concentrará todo el edificio que se expande desde ella. Es el viejo símbolo de los cuentos de hadas: el mago simboliza la concentración de su energía mental en el capirote, energía que irradiaba a través de la varita. Es la nueva metáfora que aparece en el texto teilhardiano: el Hombre como vértice del Cono cósmico: el punto donde se concentra y desde donde irradia toda la figura, cima y centro a la vez, eje de convergencia y punto de erupción.

ro también mediante todo aquello que contiene el edificio y que es puesto al servicio del mismo objetivo: la vidriera que acoge la luz y le da forma haciéndole iluminar bien majestuosas y expresivas figuras, bien pequeñas escenas de la Historia Sagrada y de la vida de los santos (es decir, de la vida corriente), la luz del sol que penetra por ella (imagen de la Sabiduría divina) no diría nada por sí misma, pero las imágenes la modulan a fin que nos comunique algo, aunque esas mismas imágenes no son sino oscuridad sin el sol que las ilumina, por tanto, la vidriera es el punto de encuentro entre la Sabiduría divina y la humana; la escultura que, desde el pórtico de Saint-Denis y de la mano de Suger, relega al segundo plano los seres imaginarios, aterradores y gloriosos, del románico para insistir en el aspecto humano de los misterios cristianos, aquí el Antiguo Testamento prefigura el paso del Dios-Hombre por la Historia de la Humanidad y su presencia permanente, iluminadora, hasta que en el último instante de Universo se haga eternamente evidente. La Pasión, el Juicio Final, el Paraíso aparecen en los tímpanos, donde la ternura de la Navidad o la belleza de María ocupan un lugar de importancia creciente, al mismo tiempo que encima de ellos se abren los grandes rosetones, auténticas filigranas de piedra y vidrio, donde se concentran los rayos solares que irán a parar, dóciles en su exuberancia de forma y color, sobre las losas de los altares. Las trompetas del Apocalipsis son vencidas por la Palabra del Evangelio. El naturalismo es la regla en estos personajes que se separan de la construcción superando el mero relieve, en estas estatuas-columna de reyes y reinas, de profetas y apóstoles que decoran el pórtico de Saint-Denis, que pronto decorarán el portal de Chartres... También aquí aparece una **visión nueva**, no ya del Cosmos, sino del Hombre (y de Dios desde el Hombre), en esta “mirada gótica” de párpados caídos, de rostros iluminados por el esbozo de una sonrisa, tan distintos del “ojo románico”..., en estas figuras gráciles, seductoras, llenas de vida, en la plenitud de su belleza... Una visión que crecerá y se multiplicará también a través de las imágenes de talla, de la decoración mobiliaria, de las pinturas en los retablos..., mientras el artista saldrá del anonimato de las escuelas y se nos presentará como amo del taller.

La obra de Suger provoca una erupción gigantesca, donde el genio creador ve abrirse caminos inesperados de libertad, alimentados por el aire de la Francia capetiana y por la riqueza nueva del mundo urbano, ambos aliándose para librarse de los límites demasiado estrechos del mundo feudal. Una erupción que derrama su magma incandescente desde Saint-Denis (el primer edificio gótico) hacia Sens (la primera catedral) y Chartres (el primer gran grupo escultórico) –sus obispos, Enrique y Godofredo, eran amigos íntimos de Suger y los tres compartían sueños, ideas y proyectos–; hacia Senlis (1155), Laón (1155-1160), Soisson y París, con la gran explosión que representa Notre-Dame (1163-1180). Es el *opus Francigenum*, que llegará a Provenza por los canales de relación con el rey capeto y a Alemania de la mano de los cistercienses como “estilo francés”; a Inglaterra llegará de la mano de Guillermo de Sens, el amigo de Thomas Becket, y en Italia se levantará la catedral de Lucerna para celebrar el triunfo de Carlos de Anjou (hermano de san Luis) frente a los “románicos” Hohensaufen. En la Corona de Aragón llegará de la mano de Cister primero y después de los órdenes mendicantes, los cuales introducirán su peculiar estilo de grandes espacios abiertos. En Castilla, también introducido por el Cister, es donde el gótico acusará más la influencia francesa, ya que llega en tiempos de Berenguela la Grande y de su hijo san Fernando. Berenguela es hermana de Blanca de Castilla, y ambas son hijas de Alfonso VIII y de Leonor de Inglaterra, la hija preferida de Leonor de Aquitania (que será quien escoja a Blanca como esposa del futuro Luis VIII de Francia). Será otra característica del mundo gótico: la presencia femenina. En Francia, la realeza es una verdadera “biarquía” que empieza con Luis VI y Alix de Maurienne firmando los

documentos oficiales juntos y al mismo nivel. Las hijas y nietas de Leonor de Aquitania, la gran impulsora de los movimientos trovero y trovadoresco, la recuperadora y difusora del círculo artúrico, y la reina indiscutible de las cortes de amor, serán los grandes nombres de la política europea de los siglos XII y XIII, siglos que verán el gran auge de los monasterios femeninos, verdaderas comunidades científicas tanto como espirituales, cuyas abadesas se convierten en interlocutoras y consejeras de reyes y papas: recordemos a la gran Hildegarda de Bingen, pero también a Herrada de Landsberg o a Petronille de Chemillé, la más brillante abadesa del peculiar monasterio de Fontevraud... Y no sólo en las élites la igualdad hombre-mujes alcanza cuotas que ya querríamos hoy, sino en el mundo de los artesanos, de las múltiples disciplinas académicas, de los negocios urbanos y de las haciendas rurales, incluso hay indicios de mujeres que, como reputados arquitectos, alzaron catedrales...²⁷

A medida que se extiende por el espacio y se alarga en el tiempo, el espíritu originario se transforma a través de los sucesivos acontecimientos y de las peculiaridades de cada lugar, pero sigue presente, sumido en un mayor o menor grado de latencia, presto a revelarse así que el espíritu que lo contempla y lo transmite sea capaz de comprender al genio que lo creó...

En 1144, Suger consagró al nuevo Saint-Denis convocando una asamblea de dignatarios del reino, consiguiendo atraer incluso al díscolo Thibault el Grande de Champagne, el más terrible enemigo del rey, que había contribuido económicamente –y generosamente– en la construcción de la nueva iglesia. Y es que esta sería otra de las características de la catedral: se financia desde todos y para todos, toda la ciudad contribuye a ella, desde el óbolo de la viuda al tesoro de los poderosos, y se iguala en ella, es “la casa del pueblo” tanto como la Casa de Dios. La ceremonia de consagración fue presidida por Luis VII y Leonor de Aquitania, y el rey de Francia reveló todo el esplendor de su aspecto crístico, como en 1124 había revelado su aspecto humano y cósmico, imagen de la cual la nueva iglesia sería testimonio perpetuo: el rey fue quien llevó al altar, en solemne procesión, las reliquias de san Dionisio y fue recibido por el abad con el calificativo de Rey Cristianísimo, el cual le daba prioridad sobre todos sus súbditos, incluso sobre los eclesiásticos. Con el esplendor de esta ceremonia, Suger quiere recordar a los nobles y eclesiásticos de Francia la consagración legendaria de la primera iglesia de Saint-Denis, que se contaba fue llevada a cabo por Cristo mismo, apareciéndose vestido de pontifical²⁸; el mismo abad certificará que en reconstruir la iglesia dejó intactos los puntos que, según la leyenda, Cristo tocó con sus propias manos. En esta nueva consagración del recinto sagrado, el papel de Cristo lo asume el rey, al cual su propia consagración real ya lo asimilaba, que reina en Francia como Cristo en el Reino celestial.

Nadie puede dudar de la gran metáfora cósmica que expresa la nueva iglesia de Saint-Denis. Conocedor de los desgastes que imprime el paso del tiempo en la memoria de los hombres, Suger la dejó gravada en diversas inscripciones, y la explicó en una de sus obras: *Opúsculo sobre la consagración de Saint-Denis*, donde nos regala también con diversas anécdotas sobre las vicisitudes de su construcción. Y al correr de los siglos, ¿no es la gran metáfora gótica concentrada en la catedral la que establece este nexo de indisoluble entre los grandes centros urbanos de una Europa que quedamos unida? Es en ella, por ella y desde ella que podemos deducir la base común que

27. Se habla de una tal Sabine de Pierrefonds, que habría trabajado en la mismísima Notre-Dame...

28. Según la leyenda, tal prodigio habría tenido lugar la noche de la consagración histórica y ante un solo testigo: un devoto leproso que se había quedado en la iglesia y que quedó curado de su enfermedad; la edad media lo recuerda como san Peregrino.

puede hacer posible esa soñada unidad en la paz y en el verdadero progreso humano... También desde este punto de vista, el abad Suger puede ser llamado Padre de la Patria...

Aquí debería acabar mi relato sobre el nacimiento del gótico y su función como lenguaje verdaderamente filosófico que se expresa no a través de la palabra escrita, sino a través del poema de piedra. Pero no puedo dejar de hacer mención de un testimonio muy próximo a nosotros de esta cosmovisión, fundamento de nuestro mundo actual. La imagen del Arquitecto divino se materializó en hermosas iluminaciones de Biblias y en rincones escondidos de tímpanos, pero una vez, posiblemente una sola, se emergió a la luz, al alcance de todos y para todos, en un bellissimo retablo pintado por Pere Serra, con taller en Barcelona, pero originario de la ciudad de Manresa: el **Retablo del Espíritu Santo**, sito aún en la catedral manresana, desconocido y silencioso, una imagen que revela por sí sola toda la complejidad de la rica cosmovisión gótica y nos desvela los secretos que llevaron a la luminosa cosmovisión moderna. Una vez más, pecamos de ignorancia y quizás de desprecio hacia nuestro propio patrimonio...

MONTSERRAT NOGUERA
Universitat de Barcelona